

# Arantzazu, pasado y presente

Ibon Martín - El ladrón de rostros

*Los miembros de la unidad de homicidios de la Ertzaintza (policía vasca) están en Oñati, cerca de San Sebastián para investigar un asesinato. Se alojan en el monasterio de Arantzazu. Julia y fray Inaxio, el prior, charlan a propósito del monasterio y su origen.*

Julia alza la vista hacia el campanario, una torre cuadrada adornada por un sinfín de formas piramidales que le brindan una apariencia áspera. Las últimas luces del día se han extinguido y el mundo se ha vuelto frío, del color de la luna.

—Cuarenta metros de verticalidad —anuncia el prior siguiendo su mirada—. Sus puntas de diamante representan las espinas del árbol donde el pastor halló a la Virgen. ¿Conoces la leyenda?

—No —reconoce Julia.

—Hay que volar atrás hasta el año 1469... Un pastor oyó un cencerro que no paraba de sonar y lo siguió, pensando que se trataría de un animal perdido. Imagínate la sorpresa que se llevaría cuando llegó al lugar del que procedía el sonido y lo que encontró fue una imagen de la Virgen oculta en un espino. Y aquí lo tienes. Cinco siglos después, el santuario que se construyó alrededor de aquel hallazgo ha crecido hasta convertirse en lo que ves hoy.

La campana repite el toque de menos cuarto para reforzar su mensaje.

—Este lugar es especial —comenta Julia. No miente. Lo siente así.

—¿Arantzazu? —pregunta fray Inaxio—. Muy especial. Todos los lugares sagrados lo son a su manera, pero, dejando de lado las creencias y tradiciones, este rincón del mundo sigue siendo diferente. El barranco donde fue levantado el santuario es pura roca. Y pura roca es el edificio. La comunión con el paisaje es máxima.

Tiene razón el fraile: todo en Arantzazu, comenzando por las montañas que lo rodean y terminando por el propio edificio, resulta duro, afilado como el espino en que hallaron a su virgen.

—Este es un proyecto singular como pocos. Se quiso alcanzar a Dios eligiendo para ello a los mejores artistas vascos: Sáenz de Oiza, Chillida, Basterretxea... Casi todos ellos tuvieron que sortear dificultades para que su trabajo llegara a buen puerto, ya que el obispado no supo entender la valentía de su propuesta. Pero la verdadera joya y la más incomprendida se encuentra en la fachada —continúa el religioso. Sus manos se abren como si pretendieran abarcar el friso que se extiende de lado a lado del frente—. Los apóstoles de Oteiza.

Julia mira las esculturas. Una junto a otra, todas de un tamaño similar, pero todas diferentes al mismo tiempo, formando una larga fila de apóstoles que la luna menguante apenas se atreve a bañar de luz. Las sombras que proyecta el astro, sin embargo, las hacen cobrar una vida en la que no hay resquicio alguno para el color.

—¿Y por qué son catorce? —pregunta tras contar las figuras.

—Porque hablamos de Jorge Oteiza —responde el fraile a modo de resumen—. Un genio como él no iba a ceñirse a las reglas. Si eran doce pues él ponía catorce, y si le preguntaban el motivo no se molestaba demasiado en aclararlo. Alguna vez dijo que se trataba de un homenaje a sus orígenes marineros. Nació en Orio y allí el deporte del remo es una religión. Catorce son los integrantes de una trainera: trece remeros y el patrón, Jesús como comandante y los demás prestos a obedecerle. Pero esa es solo una de las explicaciones posibles.

Julia observa confundida las formas irregulares de las esculturas. Apenas logra identificar con claridad los rostros de los apóstoles vueltos hacia arriba, hacia ese Cristo muerto a los pies de su madre que corona la fachada.

—Sin embargo, a mí me produce desasosiego —confiesa.

Fray Inaxio chasquea los dedos.

—¡Exacto! Eres buena con las palabras. Desasosiego... Eso es lo que la Iglesia sintió al ver su obra y, durante muchos años, estas figuras de piedra permanecieron en la cuneta a merced de las nevadas, la lluvia y el sol. Abandonadas sin clemencia.

Julia finge que escucha mientras piensa cómo despedirse. Fray Inaxio es una agradable compañía, pero ella pretendía pacificar su mente, respirar aire puro, llevar sus pensamientos a cero, y lo que está consiguiendo es lo contrario. Si algo la alejó de la religión católica fueron precisamente esas imágenes dolorosas que pueblan las iglesias. Fueron muchas las misas a las que sus padres la arrastraron, muchas las mañanas de domingo

viendo santos martirizados en el retablo donde trataba de refugiar su vista de los mensajes apocalípticos del sacerdote.

Y esos apóstoles de formas torturadas la conectan con una realidad de la que huyó en cuanto tuvo edad y arrojo para escoger.

—Los verdaderos artistas siempre arriesgan y se adelantan a su época. Eso es lo que le sucedió a Oteiza. ¿Cómo expresar la fe? ¿La entrega absoluta? —continúa fray Inaxio, tan extasiado que se diría que los observa por primera vez—. Esculpió una robusta piedra caliza de Markina y la convirtió en algo ligero. Borró los rostros de los apóstoles y vació los cuerpos para ofrecérselos a Dios. El propio escultor los describió como animales sagrados abiertos en canal.

